

VII

El sacerdote Bartosh de Klobutzk había ya terminado una misa, y Jarosh, con otro sacerdote, iba á empezar otra.

Salió el Bey de la tienda para dar reposo á sus rodillas, cuando de pronto apareció Jauko Ostoikovitz, el cual había estado por los alrededores del campamento explorando el terreno.

Sin desmontar siquiera, sin saludar apenas, gritó:

—¡Los alemanes vienen!

Los caballeros se pusieron en pie. El Rey palideció y, haciendo un supremo esfuerzo, dijo:

—¡Bendito sea el nombre del Señor! ¿Dónde los has visto? ¿Cuántos regimientos son?

—He visto sólo un regimiento cerca de Grinvald,—contestó Janko con voz agitada.—A lo lejos, muy á lo lejos, se advierte una gran polvoreda.

—¡Alabado sea el nombre del Señor!—repitió el Rey.

En aquel instante, Vitoldo, cuyo rostro echaba llamas, apenas habló Janko, se volvió al Rey y dijo.

—Dejemos la segunda misa para mejor ocasión, y ahora, á caballo, señores.

Pero el Rey le puso una mano sobre el hombro y dijo:

—Yo me quedo para oír la segunda misa.

Vitoldo y Zindarm saltaron á caballo y se dirigieron hacia los carros. En aquel instante, otro explorador, Pedro Okscia, se acercó á ellos corriendo y gritó:

—¡Los alemanes! ¡los alemanes! Dos regimientos...

—¡A caballo!—gritaron los capitanes.

De un salto los caballeros subieron á caballo, y en un instante todas las armas estuvieron prestas.

Los exploradores llegaban de todas partes señalando la presencia del enemigo, el cual, sin duda, quería cortar el camino al rey y á sus guerreros.

Los soldados se agruparon alrededor de sus banderas.

Pocos fueron los que permanecieron junto al Rey oyendo misa. Una campanilla anunció que ésta había empezado.

Jaghellon levantó las manos y, mirando al cielo, se dirigió lentamente hacia la capilla.

Cuando terminó la misa, el Rey salió de la tienda y se convenció por sus propios ojos de que los exploradores no se engañaban, porque en el límite de la llanura se veía avanzar una masa negra, como si la selva hubiese crecido de súbito.

Cerca de Grinvald y Tannembergh se levantaban gigantescas nubes de polvo.

El Rey observó el horizonte amenazador, y luego, dirigiéndose al sacerdote Nicolás, preguntó:

—¿Qué santo celebramos hoy?

—Hoy hace años que Nuestro Señor envió á los apóstoles á predicar á los hombres, contestó el cura.

El Rey suspiró:

—¡Y pensar que en tan fausto día morirán muchos de los mejores guerreros!...

Alrededor del Rey se formó pronto un círculo de unos sesenta guerreros escogidos. Zindarm de Maskovitz se los había enviado para su defensa.

La escolta estaba mandada por Alejandro, hijo menor del príncipe de Plotz, á quien, en premio de sus altas dotes estratégicas, se le había concedido el honor de formar parte del consejo del Rey.

Mandaba el segundo el sobrino del monarca, Zigmosart Koribut, joven de un porvenir espléndido y de carácter aventurero. Estaba también entre los caballeros de la corte real, Jasko Mugik de Dombisva, que era un verdadero gigante de fuerza hercúlea.

También estaba Ginlava, un barón tcheque, de baja estatura, delgado, pero de un valor maravilloso. Había adquirido gran fama en los torneos húngaros, donde derribó á los más renombrados justadores.

Seguían Lokal, Bemash, Verusk, Pedro de Milán, Sempauch Pohasolt, el príncipe lituano Lenko, el pariente del rey príncipe Tedushko y el príncipe Jamont.

En suma, los mejores caballeros rodeaban al rey, cerca del cual estaba el sacerdote Nicolás y el secretario particular Zbishko de Olesnitz, joven valiente y de fiero aspecto.

Las armas del Rey iban conducidas por tres escuderos,

Ciaiko de Novodvor, Nicolás de Moravit y Danilko Rusin, el cual llevaba el arco y la lanza.

La escolta se completaba con algunos nobles caballeros de la corte.

Los escuderos habían puesto al Rey una espléndida coraza. Enjaezaron un soberbio corcel que caracoleaba relinchando. Montó á caballo y, embarazando la pica, parecía el Rey transformado.

Su rostro entristecido se animó con el relámpago de su mirada, y cuando el sacerdote levantó la diestra para bendecir á los caballeros, inclinó la cabeza ligeramente.

Entre tanto los alemanes avanzaban lentamente por la vasta llanura, rebasaron Grinvald y Tannembergh, y tomaron por último posiciones.

Desde el campo polaco se oían distintamente las pisadas de los caballos, y los que tenían buena vista podían distinguir el color de las banderas y las enseñas que ostentaban: cruces, espadas, águilas, yelmos, cabezas de búfalo y de oso pintadas en la tela de los estandartes y pendones.

El viejo Matzko y Zbishko que ya habían peleado contra los cruzados conocían el ejército enemigo. Matzko especialmente reconocía casi todas las banderas reunidas allí de distintas partes del mundo. De Ragusa, de Baviera, de Suiza, de la Borgoña de Francia cuyos caballeros como decía el viejo de Bogdanetz bromeaban hasta cuando caían moribundos. De Inglaterra, patria de los mejores arqueros y de la lejana España había valerosos caballeros.

Los nobles de Gerads, de Kscesno, de Bogdanetz, de

Rodov, de Bgiosov y de toda la tierra polaca sintieron un involuntario estremecimiento al pensar que tal vez muy pronto iban á medir sus armas con tan esforzados campeones.

La batalla sería sangrienta; el corazón de los jóvenes latía violentamente, y jóvenes y viejos esperaban el momento solemne.

Algunos probaban sus picas, muchos hacían trotar sus caballos y otros aspirando á pleno pulmón el aire ponían á prueba la resistencia de su pecho.

Los guerreros más espertos aconsejaban prudencia. Los cruzados no podían ver desde sus posiciones sino unas cuantas banderas polacas y así no les era posible adivinar si toda la gente armada del Rey estaba ya reunida.

Aunque cerca del lago veíanse las lucientes armas de los caballeros y las puntas de las lanzas y las picas de los lituanos, desorientábales más por ignorar si eran las avanzadas.

Los fugitivos de Ghildemburgo refirieron al Maestre que todas las fuerzas del Rey se hallaban cerca del lago.

Estas noticias no asustaban al Maestre Ulrico, que desde el principio de la guerra despreciaba la fuerza del enemigo, creyendo siempre segura la victoria de la Orden.

No se cuidaba siquiera de enviar exploradores en dirección del enemigo; su seguridad imprudente haciale creer que no había peligro alguno temible. Cuando uno de sus capitanes le dijo que Jaghellon poseía ejércitos numerosos el Maestre exclamó:

—Qué ejércitos ni qué demonios! no sirven para nada... A excepción de los polacos, todos los demás manejan mejor la cuchara que la espada.

Ulrico deseaba la guerra y se alegraba ahora al ver que el ejército enemigo se alineaba frente á él desplegando sus banderas.

Los alemanes no podían atacar á los polacos porque estos se hallaban diseminados alrededor y en el interior de

la selva; valerosos combatiendo en campo abierto, los cruzados no se atrevían á pelear dentro del bosque.

El Gran Maestre reunió consejo de guerra para ver de qué modo podían arrojar al enemigo de la selva.

—Por San Jorge, exclamó el Gran Maestre, hemos recorrido ya dos millas y nos molesta la sed... debemos esperar que al enemigo le venga en gana de atacarnos?

El conde Vende, hombre entrado en años y muy experimentado, dijo:

—Aún cuando tema que mis palabras han de ser mal acogidas, creo oportuno advertir que los polacos son valientes y su rey desea la paz.

El Maestre contestó:

—Paréceme que ya no es tiempo de pensar en la paz; ahora estamos en la guerra y no queda más recurso que combatir.

—La justicia...

—Basta ya.

Uno de los comendadores, queriendo complacer al Gran Maestre añadió:

—Para mí la muerte vale más que la deshonra; aún cuando debiera combatir solo me lanzaría contra la hueste polaca.

El Gran Maestre Ulrico frunció el entrecejo y dijo:

—Pecaríais contra la disciplina.

Todos expusieron sus opiniones; la que prevaleció fué la de Ghersdof:

Enviar dos embajadores al Rey; se diría á este que el Maestre le enviaba dos espadas y un cartel de desafío para

los polacos; si el campo de la lucha resultaba demasiado estrecho, los alemanes retrocederían.

El Rey tuvo un momento de esperanza cuando le dijeron que del campo enemigo venían unos heraldos encargados de traer un mensaje.

—Quizá es una proposición de paz, exclamó con alegría.

—Ojalá Dios, exclamaron los sacerdotes.

El Rey mandó llamar á Vitoldo.

Los heraldos se acercaban.

Uno de ellos llevaba en el escudo una águila negra sobre fondo de oro y el otro un halcón sobre fondo negro.

Los centinelas polacos dejaron pasar á los heraldos que bajando de los caballos se presentaron al Rey inclinaron la cabeza en señal de respeto.

—El Gran Maestre Ulrico, dijo uno de ellos, desafía á vuestra alteza y al príncipe Vitoldo, y para aumentar vuestro valor, os envía dos espadas.

Después, adelantó el otro heraldo, y dijo á su vez:

—El Maestre Ulrico dice á Vuestra Majestad que hará retroceder á sus tropas á fin de que no tengáis que refugiarnos en el bosque.

Los caballeros que rodeaban al Rey temblaban de ira.

Las últimas esperanzas de Jaghellon se disipaban como la niebla se disipa á los primeros rayos del sol.

Alzando sus ojos bañados en lágrimas al cielo, el Rey contestó:

—Espadas no nos faltan, pero acepto estas como signo de victoria que Dios me envía.

Dos gruesas lágrimas cayeron de sus ojos.

Los caballeros se decían:

—Los alemanes se retiran, abandonan el campo.

Los heraldos se despidieron.

Sus negros caballos les llevaron al otro lado de la llanura.

La hueste polaca se adelantó hacia el llano en correcta formación.

A la cabeza de las filas estaban los mejores caballeros, luego los veteranos, después los demás soldados.

Zindarm y Vitoldo corrían de aquí para allá infundiendo valor á todos con su presencia, dando órdenes, y disponiendo la batalla.

El combate era inminente.

El Gran Maestre miraba el ejército real que avanzaba á su encuentro.

La mirada no podía separarse de aquella masa inmensa, de aquellas alas, que parecían las de un ave colosal, de aquel arco iris de estandartes que se agitaban al viento, y su corazón se estremeció.

Quizá pensaba en los millares de cadáveres, y en los arroyos de sangre que dentro de poco habría en la llanura; quizá sin sentir temor á los hombres, lo sentía por la ira de Dios que desde el cielo dirige las humanas acciones, y es el que otorga el triunfo é inflige la derrota.

Por vez primera, el Gran Maestre sintió vacilar su ánimo y experimentó su sentimiento de terror por la gran responsabilidad en que incurría.

Los comendadores miraban á Ulrico asombrados.

—Qué tenéis señor? preguntó De-Vende.

Uno de Lichtenstein se atrevió á decir:

—Maestre, no comprendo vuestra conducta, en este instante no debéis llorar sino infundir ánimo en el de los soldados.

No contestó Ulrico y siguió llorando:

Finalmente, la voluntad dominó el sentimiento.

—Cada cual á su puesto! gritó Ulrico con voz firme y sonora.

Los caballeros obedecieron en silencio.

—Dame el casco! decía en aquel instante el Rey á su escudero.

En ambos campos se animaban los preparativos para el combate.

Entre los alemanes y las tropas del Rey, cerca de Tannembergh, había algunas encinas entre cuyas ramas se colocaron algunos campesinos para presenciar la lucha.

A excepción de estos árboles, toda la llanura aparecía gris, limpia, uniforme.

Soplaba fuerte viento, sobre aquel viento, aleteaba la Muerte.

Los ojos de los combatientes se fijaban involuntariamente en la llanura desierta.

De repente sopló una ráfaga huracanada que arrancó millones de hojas de la selva arrojó contra el centro del ejército de la Orden una nube de polvo.

En aquel instante resonaron las trompas lituanas y las filas armadas se lanzaron como un alud devastador contra los soldados alemanes.

Los Lituanos como de costumbre apretaron los hijares de los caballos y blandiendo espadas y picas, dando alaridos salvajes, se lanzaron contra el flanco derecho de los cruzados donde estaba Ulrico.

Al advertir aquella masa negra que se arrojaba sobre ellos, Ulrico dijo al caballero de Vallenrrod:

—Atención, yo empiezo, seguidme vosotros.

Hizo una señal con la espada, y catorce regimientos alemanes avanzaron hacia el enemigo.

—*Gott mit uns!* (1) vociferó Vallenrrod.

(1) Dios sea con nosotros.

Los cruzados, primero lentamente, después más aprisa, como fieras que se precipitan aumentando su vigor y su carrera á medida que se acerca la presa, acometieron á los lituanos.

La batalla debía empezar en toda la línea; los polacos entonaron el canto de guerra compuesto por G. Voitzeel.

Cien mil cabezas cubiertas de hierro se levantaron al cielo; cien mil voces cantaron; «Virgen María, protégenos y perdona nuestros pecados». En el corazón de aquellos valientes las santas palabras infundían ánimo fe esperanza.

En la derecha la batalla era cruenta; arreciaba.

El rumor de los truenos, el relinchar de los caballos, los ayes de los moribundos, uníanse mezclábanse, formaban un conjunto espantoso.

La lucha era terrible.

Contra los Polacos Ulrico lanzó veinte legiones mandados por Lichtenstein.

Zindarm los vió avanzar y saliendo á su encuentro con la espada enrojecida con el rostro lívido, la coraza destrozada vociferó:

—Adelante!

Los caballeros se pegaron á los caballos estremecidos y en sus flancos anhelantes hundieron las espuelas de acero.

Los Lituanos cedieron bajo el ímpetu alemán, las primeras filas compuestas de nobles, quedaron desbaratadas, las segundas resistieron mejor, pero ni la fuerza ni el ardimiento pudieron frenar la marcha destructora de la columna alemana.

¿Y cómo de otro modo si los combatientes tenían poderosos caballos cubiertos de hierro y de la otra únicamente había hombres armados de frágiles picas únicamente cubiertos con su pelo?

Los cruzados hacían estragos; los ayes de los moribundos sonaban como maldiciones. Aquel ataque parecía una vorágine que se tragaba los soldados de Vitoldo regimiento tras regimiento.

Tártaros, Valacos soldados de la Besarabia, Lituanos, se amontonaban muertos sobre la tierra, pisoteados por los herrados cascos de los corceles.

Los tres regimientos de Smolensk debieron retroceder ante los seis regimientos cruzados después de una gran resistencia.

Era una verdadera carnicería.

Los Rusos caían á docenas; los Alemanes regocijábanse estremecidos por la alegría cruel que les causaba la vista de la sangre. Algunos de ellos parecían enloquecidos.

Alaridos salvajes se oían por todas partes contestando al lamento lúgubre de los moribundos.

Un regimiento escogido de Polacos se lanzó al ataque para auxiliar á los Lituanos.

Las tropas de Lichtenstein se encontraban en condiciones desfavorables porque tenían que combatir con adversarios espertos.

Los Alemanes, no solo fueron detenidos en su avance, sino rechazados por los guerreros de Cracovia, de Endrek, de Brochovitz y por los de la costa mandados por Povala de Tacev.

La batalla se recrudeció cuando rotas lanzas y picas, los caballeros empuñaron lanzas y espadas.

Entonces los escudos chocaron contra los escudos, los guerreros se estrecharon en abrazo mortal, y otros guerreros y sus caballos, cayeron ensangrentados para no levantarse más.

Así como el granizo rompe destruye y golpea lo que halla á su paso, así la hueste polaca avanzaba á través de una ola de sangre, de miembros mutilados, de armas rotas y de cuerpos inertes.

La muerte aleteaba inerme é inexorable escuchando el canto de los que morían combatiendo.

Los fuertes caballeros polacos combatían heroicamente; arrojábanse en lo más fuerte de la pelea, invocando en alta voz el nombre de los santos de su devoción.

Liss de Targovisk atacó primero al valeroso Komtur de Osterode, Garmot, el cual, habiendo perdido el escudo, con el manto revuelto al brazo paraba los golpes que se le dirigían.

Liss, con la espada desgarró manto y brazo, y de una estocada atravesó el vientre de Garmot, haciendo crugir siniestramente el hueso de la espina dorsal.

Viendo caer á su jefe, los hombres de Osterode se inflamaron en odio.

Liss se arrojó contra ellos como un águila á quien roban sus hijos, y sostenido por Stashko de Chabrimovitz y Domarat de Kobilian, destruyó, aterró la falange como un oso destruye los débiles arbustos.

Pashko Zlodsci de Bishupitz mató al célebre Kuntz Abelsbech.

Kuntz, cuando vió delante de él aquel gigante con el hacha ensangrentada de la que pendían cabellos humanos, sintió espanto y pidió piedad, pero Pashko le cercenó de un golpe cabeza y casco. Después mató á Lohk de Meklemburg y Klinghenstein y á Limpak de Magonza y Nachtervitz.

Los alemanes atemorizados retrocedían ante él que tiraba tajos á derecha é izquierda levantándose ligeramente sobre los estribos para dar mayor fuerza á los golpes.

Por su parte Endgy de Brochovitz después de romper su espada contra la cabeza de un caballero, le cogió la mano, se la rompió, y arrancando de ella la lanza, atravesó con ella la cabeza del desdichado.

Un poco más lejos, un caballero joven Dingleim, pidió cuartel y Endgy se lo dió porque Dingleim era muy joven y su mirada era infantil.

Povala de Tacev, dotado de una fuerza sobrehumana derribaba hombres y caballos, cortaba yelmos y corazas como si fueran cáscaras de huevo, y se lanzaba á lo más recio de la pelea seguido siempre de Sesko de Goray, de Povala de Vignet, de Mtzislav, de Skscinet de dos tcheques: Lokol y Zbislavek.

La batalla continuaba sin descanso. Contra el regimiento polaco luchaban tres regimientos alemanes; cuando en auxilio de las tropas reales llegó el vigésimo séptimo regimiento mandado por Jaskko de Tarnov, las fuerzas se equilibraron y los alemanes se desbandaron.

Hasta los que habían atacado á los soldados de Cracovia, cayeron y huyeron bajo los golpes de Zindarm y de Zavisca el Negro, el más terrible de todos los polacos.

A su lado combatían su hermano Farurey, Florian de Koritnitz, Skarbek de Gur, el célebre Liss de Targovisk, Paskko Zlodsei, Jan Nalene y Spahk de Charbimovitz-chantz.

Bajo los golpes de Zavisca caían todos los guerreros, y

parecía que bajo tal corona no había un hombre sino el dios de la guerra. Tenía la frente bañada en sudor, los ojos inyectados en sangre, los labios rojos y apretados; tranquilo y atento cuidaba de matar como un operario cuida de su trabajo.

El escudo de Zavisca estaba abollado en cien sitios distintos; al mover su espada oíase el grito angustioso de un cuerpo que caía; Zavisca no se detenía siquiera y continuaba su carrera destructora.

El joven Zbishko de Bogdanetz se lanzaba como un loco en lo más empeñado de la lucha, y á su lado Matzko asestaba golpe tras golpe, con la calma de un lobo que no quiere herir sino matar.

Buscaba á Lichtensteins, pero no encontrándole, derribaba á los otros caballeros de la Orden odiada, hiriendo con preferencia á los que llevaban corazas más ricas.

A su lado con la cabeza descubierta combatía Chtan de Bogov. Perdió el casco á los primeros golpes, y con la cabeza descubierta infundía terror á los alemanes con su rostro ensangrentado y peludo parecido al de un oso.

El ejército alemán retrocedía.

Pero sucedió que las tropas que los lituanos habían rechazado junto al lago acudieron en socorro de los cruzados y éstos entonces tomando ánimos se precipitaron otra vez contra los Polacos que estaban cansados de tanta lucha.

Los Alemanes comprendieron que en aquel instante la suerte les era favorable, vieron los polacos que el instante era decisivo y la pelea recrudeció; tembló la tierra, el cielo se cubrió de densos nubarrones y en lontananza el trueno pareció responder á los alaridos, á los lamentos de los guerreros agonizantes.

Pareció sonreír la victoria á los Alemanes; en las filas polacas entró el desorden y empezó la desbandada.

Los cruzados entonaron el canto de victoria. El aban-

derado que llevaba el gran estandarte de Cracovia cayó al suelo. Mil manos se tendieron hacia él, mil brazos se alargaron para arrancar el pendón sacrosanto de los Polacos.

Los Alemanes lanzaban alaridos de júbilo pensando que el triunfo definitivo era suyo. No sucedió así.

Los Polacos lanzaron un grito de desesperación al ver que caía al suelo su bandera idolatrada. Pero aquel grito fué de rabia y dióles nuevos bríos en vez de quitárselos.

Parecía que nuevas víctimas, nueva sangre pidiera la tierra sedienta.

Se empeñó una lucha despiadada, bárbara. Como leones enfurecidos chocaron los caballeros de uno y otro bando. Relinchaban los caballos, resonaban bajo los tremendos golpes cascos y corazas, rompíanse las espadas y aquel campo de batalla tenía un aspecto verdaderamente horrible y aterrador.

Los Alemanes perdían valor á la vista de sus infinitos compañeros moribundos; la bandera polaca volvía á tremolar por la región del aire como signo cierto de esperanza de victoria.

El ejército polaco la saludó con un indecible grito de júbilo y de nuevo acometió á los Alemanes con más pujanza.

Estos rodeados por todas partes, sin tregua, sin esperanza, sin orden, batíanse en retirada.

La mayor parte de los mantos que los de la Orden llevaban sobre la coraza se arrastraban por el suelo.

Los jefes sin embargo no desesperaban.

A retaguardia sobre una eminencia había diez y seis regimientos de reserva mandados por el propio Ulrico.

Este que contemplaba desde lejos la cruenta pugna, al ver el movimiento de retroceso de sus tropas, comprendió que había llegado el momento supremo: lanzó una voz de mando y los diez y seis regimientos se precipitaron como un turbión que corre velozmente destruyendo hombres y cosas.

Zindarm no perdía de vista el campo de batalla.

Entre los regimientos polacos de reserva, había algunos destacamentos de robustos teheques, pero la fuerza principal la constituían los nobles polacos y los campesinos armados de pesadas picas y de hoces.

—Atención,—aulló Zindarm de Maskovitz atravesando como un rayo entre las filas.

—¡Atención!—repitieron los soldados.

Los aldeanos apoyaron las picas y las hoces en las rodillas y después de persignarse, escupieron en las rudas manos, acostumbradas al trabajo.

Aquel escupir amenazador se oyó á lo lejos.

En aquel instante llegó al galope un edecan del Rey y dijo al oído de Zindarm algunas palabras.

—¡Adelante!—gritó éste.

—¡Adelante!—repitieron los capitanes.

—¡Adelante!—contestaron los soldados.

El campo relampagueó al centellear las picas.

—¡Al ataque!—gritó Zindarm.

—¡Al ataque!—repitieron los capitanes.

Los soldados lanzaron un grito de alegría de rabia, el grito llegó amenazador hasta el cielo.

El Rey que hasta entonces se había mantenido apartado de la lucha como simple espectador, cuando vió combatir á todas sus tropas, sintió una ansia indecible de combatir á su vez.



Los señores de la corte le disuadieron temiendo por su vida, pero el Rey espoleó su caballo y se lanzó á la pelea.

En aquel instante el Maestre Ulrico lanzó sus diez y seis regimientos de reserva hacia la colina donde estaba el Rey.

Todos comprendieron el peligro.

El escuadrón real formó el cuadro.

Los regimientos alemanes avanzaron. Estaban formados por atrevidos guerreros.

El Maestre se dirigió al centro de la pelea, porque habiendo visto en la colina pocos caballeros, no creía que estuviese el Rey.

Un soldado alemán reconoció á Jaghellon y lanzó contra él su caballo. El Rey paró el golpe, y mientras su secretario con el asta de una pica hacia volar el casco del alemán; el monarca le hundió la espada en la frente descubierta.

Así murió el célebre caballero Dipold De-Diber.

Los cruzados se lanzaron para vengarle, pero el Maestre gritó:

— ¡Herum! ¡herum! Y con la mano señaló el punto hacia donde creía decidirse la sangrienta lucha.

Nicolás Kelbass lanzó la señal del combate, porque había reconocido al Gran Maestre que llevaba pendiente del cuello una cajita.

Los caballeros alemanos combatían con valor, pero no con el empuje de los polacos, que ya se creían seguros de la victoria.

Con gritos roncocos, con alaridos, con gritos de odio, con rugidos sobrehumanos, lanzábanse sobre los desgraciados templarios, que empezaban á contener sus caballos y á mirar asustados á su alrededor, pensando que era imposible resistir al impetu polaco.

Al propio tiempo acudía Zindarm con sus campesinos.

Entonces ocurrió una escena salvaje, una carnicería espantosa. Los yelmos fueron arrancados por las hoces dentadas y las corazas hendidas por las pesadas mazas.

Corrió la sangre por el suelo y surcaron el aire miles de chispas.

Los Alemanes habían tirado de la espada, y con ésta querían vender caras sus vidas.

Una gran nube de polvo se levantó hacia el ala derecha.

— ¡Los Lituanos vuelven!— gritaron con alegría los Polacos.

La verdad es que los fuertes Lituanos solo habían cedido á la fuerza del número, y volvían ahora con más fuerza á la pelea.

Al verlos, uno de los caballeros gritó á Ulrico.

— ¡Salvaos, señor!

— ¡Salvaos!

— ¡Salvaos!— repitieron los demás capitanes; pero el valeroso Ulrico, con desdén, con fuerza, exclamó:

¡Ay de mí, si huyera de este campo de batalla donde tantos valientes han hallado la muerte!

Y cambiando la espada rota, lanzó un grito, una voz de mando, y se perdió entre el fragor de la pelea.

Los Lituanos chocaron contra los Alemanes.

Ulrico, herido en el rostro, en el pecho y en las manos, luchaba con un último esfuerzo entre las puntas de las picas enemigas.

Una mazada lo echó al suelo y cayó como cae una ñosa encima. Los Lituanos lanzaron un grito de alegría.

Verner De-Tettinghen, con algunos regimientos, consiguió abrirse paso entre las huestes enemigas y se salvó con la fuga.

Los otros Alemanes, debieron permanecer en el campo de batalla cediendo al empuje formidable de los Polacos embriagados con la victoria.

La historia no da cuenta de una batalla, de una carnicería tan terrible. Ni las de Romanos y Cartagineses, ni las de los godos contra los hunos, ni la de Carlos Martel contra los árabes fueron tan tremendas.

Cuando los caballeros comprendieron que habían perdido la batalla, saltaron de sus caballos y pidieron misericordia.

La tierra, empapada en sangre, humeaba.

No todos quisieron rendirse.

Algunos prefirieron la muerte.

Las líneas polaco-lituanas se estrechaban cada vez mas, y los Alemanes caían combatiendo hasta perder la vida.

Muchos, levantando la visera del yelmo, se daban el último adiós, otros preferían darse muerte con sus mismas armas, ó pedían á los suyos que les rematasen antes que caer vivos en poder del enemigo.

Los numerosos regimientos de cruzados quedaban reducidos á un corto número de combatientes, pero ni aún cuando solo formaban cortos grupos quisieron los Alemanes rendirse.

Vefase á veces á un caballero solo, batirse contra diez, contra cien Polacos.

La derrota del Occidente era grande, majestuosa.

Alrededor de Arnolde De-Baden había un montón de cadáveres mutilados por su espada, que nunca daba en el vacío.

Zaviscia el Negro se acercó á él, y viendo que el alemán había desmontado, desmontó también movido de un sentimiento caballeresco y le gritó:

—Alemán, entrégate prisionero, ó lucha conmigo.

Zaviscia levantó la visera. Arnolde le reconoció y pensó:

—Ha llegado mi última hora. De éste nadie escapa.

Sin atemorizarse, Arnolde se precipitó contra el polaco.

Zaviscia dió un tajo tremendo.

La espada rompió el pesado escudo como un martillo rompe un vaso de cristal, y la cabeza de Arnolde quedó partida en dos como un melón maduro.

Enrique Comptur de Ciluchomsk, enemigo atroz del pueblo polaco, pensó que lo mejor sería huir y escapó como una liebre que huye de los cazadores.

Zbishko de Bogdanetz le cortó el camino. El Comptur gritó:

—¡Ten piedad de mí!

Zbishko no consiguió desviar el golpe, y su espada se hundió en el rostro ancho y carnoso del alemán.

Los siervos lo ataron y lo llevaron á reunirse con los demás prisioneros.

El viejo Matzko no había desistido de hallar á Lichtenstein, y el destino, que aquel día favorecía á los polacos, hizo que lo hallara junto al bosque.

El veterano fué hacia él, y levantándose la visera, le dijo:

—Lichtenstein, ¿me reconoces?

El alemán frunció el entrecejo y contestó:

—Te he visto en la corte de Plotz.

—También me viste en la corte de Cracovia, cuando te rogué por mi sobrino condenado á muerte por tu causa. Entonces juré batirme contigo.

—Ya lo sé,—contestó Lichtenstein con desprecio, pero palideciendo.—Soy tu prisionero y no debes levantar la espada contra mí.

—Kuno de Lichtenstein; no soy vil, no levanto la mano armada contra quien no tiene armas, pero si rehusas batirte conmigo, haré que te claven á un árbol.

—Entonces, batámonos,—contestó el comendador.

—Batámonos,—dijo Matzko echando al alemán una espada.

Los dos caballeros pelearon.

Kuno era más joven y más ágil que Matzko, pero éste tenía más fuerza y serenidad.

Kuno cayó; Matzko se echó encima.

—¡Perdón!—gimió el alemán.

—¡No!—vociferó Matzko; y hundiendo el puñal en la garganta del odiado guerrero de Cristo, lanzó un grito de alegría.

La sangre salió á oleadas de la desgarrada garganta; el alemán estertoró con el estertor de los que mueren.

No solamente la Orden, sino todos los alemanes tuvieron que doblar la cabeza ante Jagellon.

De los setenta mantos que llevaban los setenta capitanes germanos que representaban otras tantas provincias, solo quince pudieron escapar de la batalla.

Más de cuarenta mil cadáveres yacían tendidos en la llanura.

Todas las banderas teutonas cayeron en poder de los polacos.

Jagellon, con voz conmovida, decía:

—¡Dios lo ha querido!...

—Entre los prisioneros más importantes, estaban Abdank, Sekarbek, el príncipe Casimiro, Frunsnovsky, Conrado de Olestnitz, Pseedfeldko Kofridlovsky y Jorge Ghersdoff, gravemente herido.

Veintidos pueblos habían tomado parte en la pelea como auxiliares de los cruzados.

Los polacos tomaban nota del nombre de los prisioneros, que rogaban al rey que les dejara volver á su patria, comprometiéndose á pagarle rescate.

¡El ejército de la Orden estaba completamente destruido.

Hundíase el sol en el ocaso.

Ante Vitoldo y Zindarm fué llevado el cadáver de Ulrico.

Estaba horriblemente desfigurado por las heridas y las pisadas de los caballos.

El Rey le miró y dijo.

—Ved aquí al que esta misma mañana creía ser el monarca más poderoso de la tierra. ¡Ha muerto como un héroe; honremos sus despojos!

Dispuso que se le diera cristiana sepultura, envuelto en el manto de su Orden.

También aparecieron los cadáveres de Kuno de Lich-

tensteid, de Vallenrode, del conde Sevarberg y de De-Vende.

Había más de seiscientos caballeros heridos.

En los ojos y en las facciones de los cadáveres podían aún leerse el odio, el orgullo, la ira.

Sobre la colina, el Rey y los guerreros contemplaban la llanura sembrada de cadáveres; parecía un prado segado por una segur inexorable.

Terrible había sido la lucha; terribles fueron sus efectos.

Las caras de Polacos y Lituanos revelaban el interno regocijo; aquellos hombres fuertes, que durante tantos años sufrieron injusta opresión, comprendían que se habían vengado.

—La Orden ha quedado aniquilada,—dijo el rey.

El secretario Nicolás, que conocía la profecía de Santa Brígida, murmuró:

—¡Día vendrá en que sus manos serán cortadas y arrancados sus dientes.

La luna, en el alto cielo, lucía pálidamente.

El campo tenía un aspecto fantástico, terrible.

La gran llanura se había convertido en un inmenso cementerio.

Sobre el duro suelo se veían esparcidos miembros aun palpitantes, brazos, cabezas, piernas, sangrientos despojos de la muerte.

Polacos y Lituanos caminaban lentamente por el desmedido cementerio, recogiendo armas y corazas.

En el aire se cernían bandadas de cuervos y buitres que acudían al olor de la sangre.

Graznaban horriblemente.

Era un canto de alegría por el festín que se les otorgaba.

No solamente la Orden, sino toda la Alemania, todos los usurpadores de las tierras polacas aparecían vencidos.

El hierro del justo había llegado al corazón del opresor del malvado.

A tí, pasado sacrosanto y glorioso, á tí, sangre del sacrificio, la gloria y el honor de los venideros!

Matzko y Zbishko volvieron á Bogdanetz.

El anciano caballero vivió aún muchos años en compañía del sobrino.

Había lucido por fin el día del triunfo, tanto tiempo anhelado.

Por la puerta de Malborg salió por última vez el Gran Maestre Ulrico; por la misma puerta entró el supremo comandante polaco para ocupar, en nombre del rey, las ciudades y el país hasta donde el Báltico rompe en espuma sus olas.

FIN